

LA ESTRELLA DE NIXON

Si alguien tiene hoy motivos para sentirse satisfecho en el campo

de la política internacional, ese alguien es el Presidente Nixon. En un puñado de días ha acumulado una excelente serie de triunfos. Salió de Washington para recibir a los hombres de la Luna, estableció los jalones de su nueva política asiática, efectuó el espectacular, sensacional viaje a Rumania y ha regresado a Washington para ver cómo el Senado aprobaba el proyecto «Safeguard» de proyectiles antibalísticos («ABM») del que había hecho una cuestión personal. Todos estos acontecimientos, que ha inclinado a su favor, tienen carácter histórico. Es decir, pueden modificar en distintos grados las condiciones del futuro. ¿En qué sentido? La predicción es imposible desde el momento en que se considera que estos acontecimientos no son ni aislados ni decisivos por sí mismos, sino que, como cada vez es más patente para cualquier hecho político, se producen en un contexto interdependiente, modificado continuamente por otros hechos. Todo se puede examinar con otras luces. Los «jalones de la política asléctica» o del «Asia del futuro» no son, en realidad, más que una forma de remendar la derrota militar y política en el Vietnam. El valor efectivo de los proyectiles «ABM» se tendrá que analizar según el que tengan los «MIRV» soviéticos (proyectiles de cabeza atómica múltiple), la posibilidad futura de una defensa contra China y, en lo inmediato, su repercusión en la economía nacional. Nixon puede ir a Rumania y recibir «la acogida más entusiasta de su vida», como él mismo ha dicho, pero no puede viajar por Hispanoamérica, donde su enviado especial, Rockefeller, hizo un penosísimo recorrido entre motines, disturbios y hostilidad. Ciertos problemas reales —los negros, la pauperización de la sociedad, los revolucionarismos, Oriente Medio, la juventud, la inflación, la llamada «crisis de civilización»— prevalecen y permanecen por encima de la espectacularidad de los otros triunfos, actúan sobre ellos, los adjetivan. Incluso puede decirse que muchos de estos hechos que enriquecen ahora la Presidencia de Nixon la son muy anteriores y son independientes de él. Los astronautas hubiesen llegado a la Luna con cualquier Presidente, la guerra del Vietnam es anterior, el fílm rumano, como brecha hacia el mundo del Este, había sido descubierto por De Gaulle, el programa «Safeguard» había sido preparado cuidadosamente por el Pentágono durante años. Pero no deja de ser patente que, con estas mismas bazas, el Presidente Johnson aparecía como nefasto y Nixon como fasto. No deja de estar claro que en el período anterior se veían especialmente los aspectos negativos de la política de los Estados Unidos y en éste comienzan a verse los aspectos positivos. Puede que no sea más que «una cuestión de estilo», como dice André Fontaine en «Le Monde». Puede que este aspecto positivo no sea más que momentáneo, que una simple cuestión de «relaciones públicas» —lo cual no sería tan simple, en vista de cómo es el mundo de hoy: desde el punto de vista político, más importante que el pie de Armstrong en la Luna es que hubiera una cámara de televisión para que lo viese el mundo entero—, puede que lo que hoy se considera como positivo sea negativo mañana. Pero de una manera muy notoria, los Estados Unidos han recuperado la iniciativa en la política mundial, una iniciativa que habían perdido y que se sospechaba que no podrían recuperar nunca más.

Brilla la estrella de Nixon. Ya no existe el desafío francés. De Gaulle está en el ostracismo, Pompidou ha aceptado apresuradamente la idea de ir a Washington para reanudar las visitas «ad limina» y el franco francés, que había querido desafiar al dólar, ha tenido que humillarse finalmente y aceptar —el sábado pasado— la devaluación. La Bolsa de Nueva York sale de su depresión. El canciller Kiesinger no visita los Estados Unidos como antes, exigente y arrogante, para poner en la balanza la pieza militar alemana, sino que se angustia y pide. En el interior, la figura aureolada y juvenil de Edward Kennedy se ha roto en mil pedazos. Era el único hombre que hubiese podido contener, quizá, el voto del Senado a favor del sistema de rearme. Era el único que, en la escasísima y gastada baraja de pretendientes a la Presidencia en el partido demócrata, conservaba el brillo de un as,

el único que hubiera podido oponerse a Nixon, con ciertas posibilidades, en las elecciones presidenciales... Su trágica aventura nocturna ha sido bien explotada, lo sigue siendo. LA U. R. S. S. está paralizada, contemplando su frontera con China...

Sobre este nuevo pedestal, con estas bazas tan rápidamente ganadas, Nixon está intentando realizar una política exterior coherente. Está tratando de hacer realidad una frase que presidió toda su campaña presidencial, que anunciaba el final de la «era de la confrontación» para abrir la «era de la negociación», pero siempre a base de que los Estados Unidos tuvieran «una superioridad de fuerza» sobre sus adversarios en potencia. En la realidad histórica, cualquier negociación conducida sobre la fuerza superior de una de las dos partes es una imposición disfrazada. Parece que hoy la fuerza de los Estados Unidos radica, más que en sus «ABM» y en su Luna, en una debilidad del adversario en potencia. La fascinación de la U. R. S. S. por la cuestión china ha sido subestimada durante mucho tiempo: en estos momentos parece que toda la política soviética, como nación o como sostenedora de una ideología, gira en torno a ese punto único. Y viceversa. La U. R. S. S. no puede confiar, como el hombre de la calle, en una política moral, sino en una política real. Sabe perfectamente que un pacto chino-americano no sería más absurdo aparentemente, ni más lógico en un mundo de fuerzas tensas, de lo que fue el pacto germano-soviético, el pacto entre Hitler y Stalin. China puede considerar los acontecimientos desde la simetría opuesta. Ese juego tan simple y tan antiguo, tan clásico y tan elemental, es el que trató de hacer Johnson y no supo —o no estaba maduro para su época—, y es el que está tratando de realizar Nixon y parece que le sale. Por eso su política, que es una política tan antisoviética —pero por otros medios y con otras palabras que cuando fue vicepresidente con Eisenhower—, tiene este tinte, este color rosado de apertura y negociación. Nixon penetra en el mundo comunista por Rumania, hace aclamar a un país —el país imperialista, el país capitalista por excelencia, en el lenguaje cotidiano del mundo revolucionario— en una zona de régimen comunista, de influencia directa de la U. R. S. S. y, al mismo tiempo, ofrece a Moscú la apertura de negociaciones acerca de Berlín y «de todos los problemas que dividen Europa». Es decir, realiza simultáneamente la operación de poder, de fuerza superior, y la de negociación, la de conciliación. La U. R. S. S., sea cual sea su sentimiento profundo con respecto a los Estados Unidos, no desea otra cosa que negociar. Todos los discursos, todas las declaraciones que no sean estrictamente para el consumo interior, están mostrando desde hace tiempo el deseo, la necesidad urgente de cerrar ese frente europeo, de apaciguar, de buscar acuerdos. No puede tener dos frentes abiertos, y el de China le preocupa hoy de una manera excepcional. Durante una gran parte de la Presidencia de Johnson, el Presidente y sus consejeros han creído que la disputa chino-soviética era menos grave y menos profunda de lo que hacían decir a su propia propaganda y que en cualquier momento los dos países comunistas podían de nuevo cerrar sus filas frente a Estados Unidos. Nixon está jugando la carta contraria. La de suponer que la disputa es irreparable y definitiva, y que el juego de los Estados Unidos es, claramente, el de trabajar agudamente sobre esa diferencia.

Este tipo de política es válido solamente durante un tiempo determinado, sobre todo, en nuestros tiempos. En otros, Gran Bretaña podía sostenerse durante generaciones sobre el sistema de «balance of powers», pero los ciclos históricos son más breves y la política tiene una dinámica que no se controla solamente desde los puestos de poder. Nixon tendrá que no dejarse llevar por el triunfalismo momentáneo, tendrá que saber aprovechar el tiempo que tiene por delante y tendrá, sobre todo, que resolver los problemas interiores de la sociedad americana si quiere que esta sensación de euforia y poder no sea demasiado fugaz. El «welfare program», o programa de amplia seguridad social y lucha contra la pobreza, que Nixon lanzó el sábado pasado, muestra que sabe dónde está el punto débil, en este momento, de todo su juego: en su propia sociedad. Johnson se quedó con las manos, con las cenizas de su proyecto de «Gran Sociedad»: se lo quemó la guerra del Vietnam. La lección le ha servido de mucho a Nixon.